



AÑO I

No. 7

LA MUJER PANAMEÑA

REVISTA SEMANAL, CONSAGRADA A LA DEFENSA
DE LOS INTERESES DE LA MUJER PANAMEÑA.

NOVIEMBRE 15 DE 1919

TIPOGRAFIA MODERNA
PANAMA

CORAZONES

Novela escrita especialmente para "La Mujer Panameña"

Por Luis de Lís

Sin embargo, debía tomar una resolución; permanecer por más tiempo divagando sin juicio y sin brújula a merced del dolor, era insoportable.

Las tinieblas que le rodeaban no debían ser eternas. Manonga llevaba en sus entrañas parte de su carne y parte de sus huesos, y eso bastaba para buscar un paréntesis de luz que guiara sus pasos.

—Soy hombre—repetía constantemente—y como hombre que soy debo cumplir con mi deber. El hijo que pronto ha de nacer me acusaría de infame, y no debo permitirlo;

—¡Vamos, Carlos Olmedilla, tú sabes trabajar sin arrastrarte; ¡trabaja, pues!

Antes de que sonaran las ocho de aquella noche primaveral, Carlos salió de su bohardilla, una pobre bohardilla que le servía de abrigo en uno de los patios húmedos y oscuros de una casucha de la calle llamada hoy *Tres de Noviembre*, y se dirigió a la residencia de Manonga. En ese mismo momento acertaba pasar por una de las aceras de la avenida Central, cuajada de transeúntes, la leal Susana. Carlos la llamó, y después de poner en sus manos una cubierta cerrada, se despidió de ella llorando como un niño, paso a paso sin saber adónde ir ni qué camino tomar.

Dentro de las cantinas, charlando alegremente, apuraban copas de whiskey algunos empleados de baneos. En los vecinos "cafés" se oían los gritos de las cantatri-

ces que recibían aplausos y vítores entre las careajadas nerviosas de los concurrentes y las notas disonantes de los violines; de los teatrillos incómodos salían como un "enjambre de mariposas", felices y sonrientes muchachas, distribuyendo a granel la irradiación de sus divinas pupilas que hacían contraste con el brillo de los diamantes y la seda de sus vestidos. ¡Quién sabe si en ese mismo momento, tras las paredes de alguna vivienda dismantelada pedían pan los hijos desnudos y anémicos de algún operario cesante, o rezaban en la iglesia sus letanías las beatas, y se daba golpes de pecho el diputado defensor del capital!

¡Cruel realidad de la vida! El eterno carnaval de la humana especie dialogando con Colombina y Pierrot, con la muerte y el hambre!

VI

Propio es en las gentes del pueblo creer en la buena fé de los que le hacen ver cosas imposibles para explotarlos; y no sólo en los pueblos apartados, sino aun en lugares donde la civilización ha penetrado con las galas de sus gloriosas conquistas. Estas creencias se arraigan de tal manera, que no es extraño encontrar a hombres ilustrados y mujeres entretanidas que las abrigan también.

La suerte de las barajas, la entrada de una mariposa a la sala de recibo de una casa de familia, la facultad que dizque tienen algunas personas para descubrir en las he-

(Pasa a la penúltima pág. de la cubierta)

- Pascuas -

si sus niños tienen juguetes rotos
o en mal estado mándemelos que
se los dejen como nuevos.

Fco. Rueda Lizcano

Teléfono 149B

Avenida "A" No. 36 (3er. piso)

Si usted desea arreglar sus coro-
nas viejas que tenga en el Cemen-
terio llámeme por teléfono que se
las dejen nuevas.

Me hago cargo de pegar toda clase de
objetos rotos, ya sean de vidrio, mármol
yeso, etc.

Fco. Rueda Lizcano

Teléfono 149B

Avenida "A" No. 36 [3er. piso]

Ha usado Ud. los

Aretes y Collares

de alambre de oro que fabrica

José Sánchez Nesler?

Si no los ha usado úselos

No irritan la oreja ni cambian de color

Ventas por Mayor y Menor

Calle 13 Este No. 21

Apartado No. 219

PANAMA

J O Y E R I A

Andrés Ponce Rojas

El mejor establecimiento para reparaciones y confección de alhajas

**Venta de joyas americanas
y europeas.**

Avenida Central No. 41

LA MUJER PANAMEÑA

REVISTA SEMANAL, CONSAGRADA A LA DEFENSA
DE LOS INTERESES DE LA MUJER PANAMEÑA.

Directora: CLOTILDE RIOS

Administrador: JUAN D. MAITIN G.

AÑO I.

PANAMÁ, R. de P., NOVIEMBRE 15 DE 1919.

Nº 7.

¿QUE PASA EN LA NORMAL?

CUANDO el Poder Ejecutivo Nacional nombró para Director de la Escuela Normal de Institutoras al caballero que actualmente ejerce ese delicado cargo, hubimos de regocijarnos sinceramente porque el nuevo Director del mencionado plantel había de impulsarlo por saludables senderos que al correr del tiempo le colocarían en lugar preferente entre los establecimientos de esa índole; y muy especialmente porque cuando ese caballero figuraba entre los Redactores de *La Estrella de Panamá*, hacía gala de elocuencia y derroche de patriotismo cada vez que en sus editoriales trataba del plantel mencionado.

Pero es el caso que rumores recientes llegados hasta nosotras «como el sordo rumor de la marea», han venido a echar por tierra la esperanza que abrigábamos con respecto al progreso de ese plantel, si, como creemos, esos rumores son fundados.

Referir todo cuanto sabemos, sería ocasión no tan solo para llenar una página de esta Revista, sino que habría menester escribir un libro, y ya ha hecho algunas indicaciones una colaboradora nuestra; pero vamos a permitirnos indicar al señor Victoria J., que no concebimos cómo es posible que él, que es de los pri-

meros en reconocer el aforismo cristiano de «amáo los unos a los otros», que dijo el sublime Jesús, sea quien, ¡síntoma desconsolador!, reniegue de esa bella frase, *tal vez la más bella que ha salido de labios humanos*, e implante en la Normal de Institutoras los resabios de clases, *distinguiendo a unas educandas más que a otras*, porque no son de armiño o hijas de nobles y ricos; fomentando de esta guisa un mal funesto en el régimen interno de la Normal y abriendo surcos de prejuicios sociales que no deben llegar, ni por asomo, al alma de niñas que son hermanas en el aula ahora, y mañana en el seno de la sociedad a cuyos cuidados entregarán sus hijas los padres de familia.

¿Qué pasa en la Normal de Institutoras? Al señor Duncan, joven liberal bien inspirado, toca saberlo, *pero saberlo de verdad*, para atajar esa corriente de desenfrenos y pasiones, sobre todo en un país demócrata como el nuestro, en donde todos somos iguales: *el negro y el blanco; el pobre y el rico.*

Si el señor Director de la Normal vive todavía apegado a los antiguos sistemas colombianos, de hacer divisiones, de sectas y otras cosas más, la Normal de Institutoras no será lo que debe

ser, es decir, *la casa de los que tienen hambre y sed de saber*, sino el templo de la inmoralidad hecha panacea.

¿Cuándo, cómo y dónde se ha visto eso a no ser ahora que el es-

tablecimiento está regentado por el señor Victoria J.? ¿Qué razón tan poderosa asiste a este caballero, para prohibir, — como dicen que prohíbe — que al establecimiento vayan los padres de las desheredadas de la suerte?

Serenidad

Está escrito que cada día nos ha de traer su hora aciaga.

Cuando, son contrariedades del cotidiano vivir, cuando pesares que hunden sin piedad sus garras y su pico de buitres en nuestro corazón; cuando, negras traiciones inesperadas

Vienen casi siempre estas heridas a caer sobre viejas cicatrices. Y el dolor que producen es más vivo y más cruel.

Tan cruel y tan vivo que puebla el cerebro de negras ideas y el corazón de anhelos bárbaros.

Suelen ser estas heridas las determinantes de las mayores violencias que las personas pueden cometer.

Pero no hay veneno que no tenga cerca de sí una poderosa y eficaz triaca. Este veneno del dolor tan bien lo tiene.

Y es la serenidad; más firme, cuanto más la adversidad se propone arrebatarnos y sugerirnos acciones descabelladas.

Los hombres y mujeres de conciencia turbia, son pasto fácil de la ira y de la exasperación.

Pero una conciencia tranquila es manantial perenne de serenidad.

En vano las adversidades vienen de lo desconocido, coma pájaros voraces y crueles, a picar en la carne macerada, por dolores antiguos.

Los nervios, respondiendo al estimulante del dolor, se crispan y aconsejan locuras.

Mas la conciencia, segura de sí misma, acaba por imponerse a los nervios y a sus violentas crispaciones, recordando al hombre y a la mujer el deber de ser personas y no brutos bautizados.

Piden los egoístas que el dolor huya de su lado, que nunca les roce el alma con sus alas punzantes de hielo. Pero antes que pedir que el dolor nunca se acerque a nosotros, hay que pedir que no nos falte la serenidad para soportarlo, recibirlo y vencerlo, sin caer en aquellas demasías que suele aconsejar.

Poco importa que en la herida sangrante aún, penetre otro hierro más afilado y punzante, ni que rasgue fibras intactas, mientras la seguridad de no merecer el dolor que llega nos preste serenidad.

Lo espantoso para ambos sexos es decir:

“Esto que me sucede lo tengo bien merecido.”

Mientras la conciencia, sosegada y limpia, falle que es injusticia y no expiación merecida el dolor que viene sin llamarlo, al alma, llena de una gran serenidad y de una soberana altivez, se hace dura como el diamante.

PALIQUE PERIODICO

LA POBRECITA HABLADORA

Como lo hiciera una vez el Bachiller Juan Pérez de Munguía (Figaro), con respeto al ilustre crítico, así intentaré hacer hoy, (aunque no soy bachillera, ni menos tengo el genio satírico y la erudición del insigne competidor de Juvenal); usaré sus mismas armas, para depurar a nuestra Sociedad. En el curso de mis charlas amenas seguiré casi la misma ruta del castizo "Hablador", y como tal, comenzaré por saber quien es la entidad que voy a tratar y a donde se la encuentra.

Como de costumbre, algo por esas calles de Dios en busca de la Sociedad. No sé, en verdad, en qué lugar puedo encontrarla; voy caminando al azar. A la vuelta de una esquina, ¡horror!, ¿a qué no saben Uds. qué lo que encontré?, pues ni más ni menos que a una jovencita de hasta cincuenta años apenas, coquetona, con con unos lentes cristalinicos y tan rosadita, tal si hubiera venido de un paseo por Finlandia. Pero la pobrecita, con todo y estar tan rosada; no pudo hacer que las arrugas de su cara desaparecieran: a distancia se notaba su *corta edad*. Ante ese espectáculo irrisorio, reflexioné: en la Sociedad hay niñas tan sonrosadas a los sesenta años como a los diez y ocho; la Sociedad es muy amiga de los mcnjurjes y demás ingredientes de torador, que lejos de hacerle más simpática, o de remozarla, ayuda a Satán en su deseo de exterminio.

Sigo mi camino observando minuciosamente, por ver si en algu-

tro en alguna parte la Sociedad, inserutada en la pared, en una vidriera, en fin, deseosa de terminar mi tarea lo más pronto posible... pero inadal, parece que la Sociedad se ha escondido hoy; tal vez ha sospechado que alguien la busca... Las callejas están solitarias, me estoy cansando ya, pero ¡oh fortuna! en un zigzágan encuentro a dos pipiolo, que sin duda tienen que ver con la Sociedad. Pero en qué coloquios!: él es un policial y ella una niñera. Se me quedan viendo y sonrín. Ellos serán la Sociedad? No. Yo he leído en los periódicos locales que cuando se quiere hacer un elogio a alguna persona, se dice: fulanito o zutanita pertenecen a la Sociedad... pero qué de menos tienen estos admiradores de Cupido para no llamarles un pipolo igual? Paso, y ellos continúan su "amurjo". ¿Qué me han enseñado? Que la Sociedad ama mucho a Cupido; que hasta los Agentes del Orden Público, dándose más autoridad con su uniforme, platican a la luz del día con sus dulcineas; que hay felicidad también en las clases pobres; que la Sociedad no anda hoy con tapajos, todo lo hace a las claras.

Al fin, salgo de tanto callejón y quedo en medio parque de Catedral! Aquí sí que encuentro la Sociedad, me digo moviendo la cabeza con cierto aire de satisfacción y un si no es de duda. Pero hay tanta gente... ¿a quién me concretaré? Quiero ver a uno, y puf, se me escabulle por un lado y los otros me bajan del cielo.

narlo; me fijo en otra, y en un santiamén monta en un auto, y este parte veloz; en aquél, y con unos periódicos se va gritando: "La Estrella", La "l' estrella"; en esta, y sigue velozmente en su *Hudson*, mirando el cielo, por temor de que le quitemos alguna parte del paraíso que tiene entre las manos.... Casi me vuelvo lo-

ca, y qué bonita que habría quedado yo, una mujer, en medio parque gritando a más no poder.....! Me encuentro apenada, y para no crear sospechas no muy en mi favor, dispongo sentarme; porque así puedo observar con más libertad y no dar mucho que decir.

ARMIDA

SILUETAS

Inés Montero.

«Sin ella estarían demás las aves de lindos plumajes y de canoros arpegios; y las piedras preciosas que en sus facetas refractan estrofas de iris; y los celajes crepusculares que convidan al amor, al idilio y al ensueño; y la música suave y quejumbrosa del céfiro entre las ramas; y los suspiros que brotan del fondo del alma, en las noches de deleitacionnes y delicados entusiasmos; y sin ella en vano arrullarían las flores en sus pétalos el poema del amor y del perfume».

Nació para todas las soñaciones; en su alma tienen nido amoroso todos los afectos divinamente sutiles; su espíritu delicado hace de ella un término medio entre la mujer y la diosa; su vacuidad la predispone a todas las sutilezas ennoblecedoras del espíritu.

Conocerla es admirarla; es dejarse enredar en la maraña de sus encantos; es dejarse transportar al cielo de los puros ideales; es sentirse su amigo; es quererla mucho, mucho.....

Habla poco y muy pausadamen-

te. Sus labios riman siempre con el latir de su corazón. Parece que la sinceridad fuese la más conspicua modalidad de su conciencia.

Su boca es exquisitamente voluptuosa. Se adivina en sus labios un ardimiento pasional; su boca orienta en el conocimiento de su psicología emotiva, si es que de veras hay signos fisonómicos de autenticidad indiscutible, porque es delatadora de un temperamento ardiente, de un corazón de fuego.

Su porte distinguido y la elegancia de sus modales, en que una exquisita cultura se trasluce, a través de una decorosa pobreza, la divinizan ante los ojos de los temperamentos superiores que saben apreciar los quilates de su inteligencia y la belleza de su corazón.

Es mujer de hermosas proporciones; no hay en ella aquellas miniaturas orgánicas que deleitan por su rareza más que por las amplias emociones que sugieren. Ella es toda una mujer elegante, robusta, simétrica y suavemente